

DIEGO AF

Diario de ansiedad



2026

Escrito por Diego Fernández.

Editado en el año 2026.

Web: www.ceroobediencia.site

Instagram: www.instagram.com/daf.escriptor

Antes de que me apuntaran con un arma en la cabeza, o de que me humillaran y tiraran al piso, o incluso (como lo veo hoy) de que me dieran una guerra que no pedí, no pensaba escribir más, nunca más. De forma silenciosa la rutina me había absorbido, los gastos y las costumbres tomaron mi cuerpo, y además, no tenía mucho que decir, algunas cosas dolorosas siempre hay, por supuesto, en cada uno, y siendo honesto creo que el mínimo dolor puede generar una obra, aunque no sé muy bien qué tipo de obra.

Todo se hubiera perdido, sin duda, pero he sufrido una transformación causada por el arma de un policía apoyada en mi cabeza, no voy a agitar mi voz gritando heroísmo, no hay nada de eso en mí, sigue habiendo miedo, ansiedad, paranoia... y sin embargo, hoy quiero luchar.

Si, una lucha directa contra la justicia, la policía, los fiscales, el Estado. Pero no para humillarlos, eso ya lo hacen solos, sino, para salvarme a mí mismo, para no convertirme en un viejo frustrado que pasa sus días despotricando y culpando al resto de sus propias desgracias. Tres años antes del allanamiento, me había propuesto escribir algo sin mucho sentido pero intentando incorporar eso que llaman oficio, comencé a escribir un diario, un ejercicio que comienza con las siguientes páginas, y aunque algo riesgoso, puede ayudar a alguien que no quiera de este mundo, nada, pero que se vea obligado, como todo el mundo, a seguir.

DIARIO DE ANSIEDAD

“En mi memoria existía un plan, daba vueltas por mi cabeza desde que mi cuerpo comenzó a tomar consciencia de sí, ese plan era una vida distinta a la cual decidí soltarle la mano, ¿Por qué? Crecí y me desprendí de ese plan y esa “supuesta” vida, por pura cobardía. En los años de adolescencia, cambié de traje y me vestí de adulto, de hombre responsable. El mundo o la vida, cualquiera de estos dos, implacables, se encargaron de abrirme el cuello cuando tenía diecinueve años; hoy, diez años después, aún sigo gritando, al verme limitándome, al decidir

ausentarme de todo aquello que me gusta, dejando que la sangre se seque. No soy nada de lo que imaginé, lo quise todo y nada hice, no pude (no es culpa de nadie) y me excuso con orgullo detrás de mi primera crisis nerviosa, de mi primer gran colapso de estrés, desparramado en el piso y pidiendo con lágrimas y gritos que alguien llamara a una ambulancia.

Una vez, un conocido que tenía me comentó: “Bautista, estoy decidido a matarme”. Y mientras me contaba todas las dolencias psíquicas que lo empujaban a esa decisión, yo pensaba dentro mio, dudaba si acaso debía ser egoísta y retenerlo en esta tierra, o, ser su compañero hasta que él decidiera su final. ¿Cómo lo retengo aquí? ¿Hay algo en este mundo? ¿Qué? Por supuesto, le mentí, le enumeré todas las cosas por las que vale la pena vivir, cosas en las que uno ni siquiera cree. Me sentí un hipócrita y nunca supe si hice algo bueno, o algo cruel y en extremo egoísta.

Entendía el sin sentido de mi amigo, yo sentía algo parecido por aquel entonces, pero hoy puedo entender que tal vez no haga falta morir, sino, nacer de una vez y para siempre. Pienso que, para vivir lo que sea que uno quiera vivir, deberá renacer en vida, despegarse. ¿De qué debería despegarme, o qué sería ese renacer? Olvidar las cosas básicas que uno fue aprendiendo. Mi postura está orientada hacia el olvido de los "pilares" de la vida, de aquello que hay que tener, de aquello que hay que lograr, sobre cómo se debe vivir, sobre lo que hay que hacer cada día. Piense lo siguiente: siendo niños nos arrastran a primera hora de la mañana bajo la helada, acostumbrando nuestros cuerpos a los horarios de producción. Ese hecho se me hace una sátira y una triste comedia, es esa obsesión porque mi masa biológica, tu masa biológica, estos cuerpos que cargamos, se puedan reducir a formas teóricas de conducta, a leyes frías y distantes; la mente se educa para controlar "lo subjetivo", la biología obedecerá todo lo que venga de allí. Hay una frase hermosa en Demian, de Hermann Hesse que dice lo siguiente: "Nada en el mundo repugna tanto al hombre como seguir el camino que

ha de conducirlo hacia sí mismo". Todo lo que vaya en contra de esa domesticación, podrá, en un principio, generarte arcadas.

Tengo que ganar en mi lucha contra la ansiedad, ganarle a esto. En este camino de búsquedas, he conocido el caso de una joven de 20 años conquistada por los pánicos, saliendo a caminar por las calles con un andador por temor a caerse, siendo que clínicamente se encontraba totalmente sana. Sí, podrá pensar que aquello era mucho más que pánico, alguna otra patología, pero le aseguro que un camino de acceso hacia los abismos, es el pánico y la ansiedad desbordante. Soy el adulto intentando ser normal, lo que se espera de todo hombre, e intuyo que ese estrés, es el cuerpo hablándome por mi error de vivir así, por eso debo nacer de nuevo, seguir mis deseos más ‘salvajes’”.

“Es sábado alrededor de las ocho de la noche y está lloviendo de forma pareja, escribo por dos frases específicas que leí hace unas horas: ‘Tome unas hojas de papel y durante tres días seguidos escriba, sin desnaturalizarlo y sin hipocresía, todo lo que se le pase por la cabeza. Escriba lo que piensa de sí mismo, de sus mujeres, de la guerra turca, de Goethe, del crimen de Monk, del juicio final, de sus superiores, y al cabo de tres días se quedará estupefacto al ver cuántos pensamientos nuevos, nunca experimentados expresados hasta ahora, han brotado en usted. En esto consiste el arte de convertirse en tres días en un escritor original’. La frase es de Ludwig Borne.

Y la segunda frase es:

‘Lo que usted vive es horrible: muy bien. Vívalo. Adhiérase. No sea solo este horror. Si debe morir por esa causa morirá por ella. No busque razones ni medios de escapar. No haga nada, no le dé más vueltas: es la única condición para que pueda producirse un cambio’. Estas palabras salieron del psicoanalista Francois Roustang, no es un texto, es un diálogo en el cual Francois le responde a Emmanuel Carrere, según cuenta este último en su libro "Yoga".

Me gustan estas frases, desde hacía unas semanas tenía la idea de no intentar cambiar nada en mí y hundirme como soy con la esperanza de que alguna especie genuina de intelecto surja. Entonces, esa frase de Francois, un poco incendiaria, coincide con lo que venía meditando. La otra frase, la de Borne, (no tengo idea de quién es ni qué hizo, luego usaré Google e intentaré conocerlo) me agrada. Y un poco me inspiró a hacer algo para incendiarme, sin sufrir, aunque no tiene mucho sentido no querer sufrir.

Una breve introducción al fuego: mientras escribo, mi mujer me ceba mates, no solo a mí, sino también a mi madre, ellas hablan, en la televisión están pasando la película Gladiador, no escucho su charla, o al menos tengo la capacidad para omitirla, hasta que mi madre habla de un primo de ella, a quién jamás conocí y no recuerdo haberlo visto alguna vez en fotografía, debido a que ese primo murió antes de sus diez años. Le cuenta los síntomas a 'O', mi mujer; ese primo murió en dos semanas, un niño de ocho años. Empezó primero que le dolía el pecho, que le molestaba, esto le decía a sus propios padres, vivían en un pueblo, o un campo, no sé bien los detalles, en ese contexto, los médicos de aquella época no sabían que le sucedía al niño, por ende sus padres deciden traerlo a Venado y allí descubren que tenía leucemia avanzada, final, solo vive dos semanas más. Esa chispa fue necesaria para mi, porque mi madre describió los síntomas: dolor en el pecho, luego dolor general en todo el cuerpo, y a mi me pasa lo mismo, todos piensan que es por contractura o por mi demente ansiedad, mis nervios, mi locura, etc. etc. Pero me asusto y me imagino morir, como aquel niño, dentro de dos semanas. Me tiemblan las piernas, quiero acostarme, porque un rato acostado y ya todo se me pasa, como siempre, respiro, tomo mi nuca con mi mano derecha, ni mi mujer ni mi madre saben lo que estoy procesando, muevo los pies unos centímetros y la mesa parece moverse, hago tronar mis hombros, mejor dicho, los músculos o huesos de mi espalda alta, ellas siguen sin saber que me estoy muriendo, que estoy asustado, a la vez que

frustrado, porque otra vez: pánico, una más, y yo solo quería escribir tranquilo, inspirado por dos frases. Pasa un momento... las llamas se apagan, otra vez soy yo. No tengo leucemia.

Prendo un cigarrillo y vuelvo a las frases, quería explicar, con ellas, lo siguiente: siento certeza al decir que los libros nos elijen, sí, los libros, desde los estantes, desde otras sienes con hambre, se lo comento siempre a 'O': "amor, todavía no puedo explicar él porqué, o lo que sucede detrás de la elección de un libro, pero estoy seguro de que los libros nos elijen, llegan a nosotros justo cuando los necesitamos, y, si por la rutina misma de los días, nos encontramos leyendo algo que no era para nosotros en ese momento, vamos a leer mal, aburridos, desganados y sentir una fuerza que nos obliga; cuando sentimos eso, es porque el libro no nos eligió a nosotros, sino uno a él, ya sea porque pensamos que es una lectura obligatoria para nuestra meta, etc.". 'O' se ríe y me dice que puede ser, que tal vez nos elijan, aunque no creo que me entienda lo que quiero decir.

Puedo argumentar esta reflexión, me asocié a la biblioteca. Dudé en hacerlo, tengo una biblioteca propia de alrededor de doscientos libros y aún no pude leerlos a todos, ¿Por qué entonces traer más desde la biblioteca? (Además con eso soy algo peligroso, si el libro me gusta no quiero desprenderme de él, y debo obligarme a hacer lo correcto) En mi colección no tengo libros de ajedrez, y eso fui a buscar. Pedí permiso en el trabajo para salir una hora antes y llegar a la biblioteca, pero no encontré, en esa primera vez que fui, los libros de ajedrez que tanto necesitaba, sucede que podría haberme quedado un buen rato buscándolos entre las varias estanterías, nadie me apuraba, el lugar aún no cerraba. Pero estaba comenzando a sentirme mal, lo supe porque mis pies siempre comienzan a temblar o aflojarse un poco, además había allí, entre los estantes, una chica joven, y yo comencé a sentirme mal, por mis pies primero y luego por la chica joven, que sin hacer nada de nada, hacía que me sintiera incómodo. Busqué rápido en el estante de literatura norteamericana: "El ángel que nos mira" de Thomas Wolfe, no estaba, nunca esta en ningún lugar ese libro. Intente también

encontrar: "El verano que mi madre tuvo los ojos verdes", de T̄ibuleac, tampoco. Apurado ya por la necesidad de salir corriendo y llegar a mi casa, a mi cama, me acerque sin ganas al estante de escritores argentinos y busqué así no más, "Los lanzallamas", de Arlt. ¿Por qué no? Hace un año terminé de leer la primera parte "Los siete locos", que mejor que terminar esa biología de una vez. Además, amo a Arlt. Sobre todo sus "aguafuertes porteñas". Lo tomé, se lo di a la chica encargada de recibir y registrar la salida de libros, me dio la ficha y salí corriendo hacía mi casa.

Al llegar supe que me equivoque. No tenía ni el libro de ajedrez, y tampoco sentía que había elegido bien. Así que ayer por la mañana decidí ir a buscar otro. No quiero describir otra vez como saco los libros, solo decir que retiré "Yoga" de Carrère, escritor francés. Yo mismo me condeno al dejar a Arlt, pero repito: los libros nos elijen. Y este de Carrère me lo vuelve a confirmar. Ayer, viernes por la tarde, tuve una discusión, la de siempre, loco de bronca por tener que ir a trabajar. Solo que no fue una discusión más y algo me asustó, no fue una acción consciente lo que describo a continuación: en el fervor de la discusión con mi madre, mientras 'O' observaba, cerré los puños y los estrellé contra la mesa de plástico, tan fuerte fue el golpe que todo lo que se posaba en ella saltó por los aires, el mate se rompió, la pava eléctrica por suerte volvió a aterrizar en la mesa, quedando tumbada, y el resto de cosas, todas desparramadas. Pero yo caí en lo que hice luego de dar el golpe y relajar los puños, por un segundo, por una pequeña fracción de tiempo, me ausenté a algún espacio dentro de mí mismo. Nunca me había pasado, y todo por el miedo a salir a la calle, a pedalear hasta el trabajo y morir en el trayecto, morir allí, sentado en mi escritorio, vomitar, descomponerme, desmayarme, una lista larga de cosas que siempre imagino que me sucederán, por eso, cuando llega la hora de ir (a cualquier lado), sudo, las manos sudan, mi frente suda, se me doblan las piernas, tengo retorcijones, gases, debo ir a cagar pero temo descomponerme en el baño, todo me da vueltas, y a veces no puedo, simplemente me digo un NO rotundo, una

premonición tétrica: no hay que poner un pie en el mundo exterior. Cuándo logro salir ileso sin dejar de estar descompuesto, tomo la bicicleta y llego a horario a mi lugar de trabajo. En ese frenesí, de tomar una decisión, di el golpe en la mesa sin estar presente. ¿Qué tiene que ver con que los libros nos elijan? En mi búsqueda por intentar vivir normal, me llegó este libro con dos frases que me invitan primero a escribir lo que me está viniendo al pensamiento, ejercicio que estoy cumpliendo, sin mentir sobre lo escrito, logrando ocupar la cabeza y no pensar; y segundo, una invitación a incendiarme, ir con todo hacia ese fuego y lo que salga de eso, será (creo a medias esto), una especie de salida. Un libro que me "llegó", de un autor desconocido para mí, hace que tenga la esperanza que buscaba por ejemplo en el ajedrez, y me de mi propio permiso para permitirme escribir”.

“Los domingos eran malos, de hecho casi todos los días eran bastante malos, sí, lograba distraerme de a ratos, con alguna cosa, un libro, la computadora, algún intento de poema que jamás me convencía, y ahora que ya no estoy solo, suelen ser malos y suelen ser buenos, es lo que dirían ‘la vida’, pero sobretodo en una hora específica como el atardecer, los domingos acompañados suelen ser mejores; y atribuyo esa mejoría al hecho de tener un abrazo, una palabra, algo, que ayude a tolerar el sentimiento de lo que sobreviene al domingo: Lunes, comienzo de semana, hacer fuerza para poder estar en el trabajo y no salir corriendo, etc. Hace un rato, antes del almuerzo, verifiqué en qué estado se encontraba el baño, porque tenemos un baño algo particular, compartido con el resto de las familias que viven en el terreno. La puerta del baño es solo una cortina que debes sostener los días de viento o lluvia como estos para que la misma no se levante y las personas que andan rondando por el patio te vean como Dios te trajo al mundo, o incluso en una posición más penosa. Lo tuve que verificar ya que, anoche no se podía ir, el agua, al no encontrar la resistencia de una puerta lo inundó con poco más de veinte centímetros de agua; en una noche fría de invierno, ir a cagar

o mear allí, no era nada viable (de hecho aún estoy aguantando para hacer lo segundo). ¿Qué trajo este inconveniente? Discusiones con O y también con mi madre. En fin, la noche terminó conmigo orinando en cualquier lado del patio, y las mujeres en un balde que luego sacaron afuera. Así no más, esto no parece muy interesante, pero hoy a la mañana cuando volví de inspeccionar el estado del baño, no sé porque recordé una especie de consejo que surgió en una charla en el trabajo: "no te podés conformar con eso", ese tipo de consejo de que uno tiene o debe, por obligación, aspirar a algo más. ¿La voluntad de poder? No, nada parecido; cuando recordé esa frase miré el cuartito donde vivo, con las paredes transpirando el agua de lluvia, la humedad del piso, barro por todas partes. No pienso que haya que vivir así, pero tampoco pienso que uno deba matarse para pagar cosas. ¿Un fracaso? Me da absolutamente igual, y entonces, mientras pensaba en todo eso, fuimos al kiosco a comprar O y yo, la observaba: ella vivió muchas más penurias que yo a lo largo de su vida, no tantas tragedias, tantas muertes, pero sí más faltas económicas, alimenticias, educacionales. Ella comprende que si no hay comida, no hay, y entiende que yo sí le quiero dar el mundo, como tantas veces se dice, pero hay alrededor de un millar de cosas con las que no estoy dispuesto a transar para conseguir ese supuesto mundo, y esto me lleva al principio: son un pocos más lindos los domingos (sobre todo al no tener amigos).

Esta mañana tuve noticias del fuego, siempre llega en cuclillas y me apuñala dónde no lo espero.

Ahora, pienso que ese consejo sobre lo que uno tiene que hacer con su vida merece un análisis algo rebuscado. Yo miro a mis vecinos y me pregunto qué sienten ellos, qué piensan. ¿Sabrán que pueden tener una vida mejor? ¿Lo sé yo? Se levantan de lunes a lunes escuchando cumbia, y se acuestan, también de lunes a lunes, escuchando cumbia. Algunos son peón de albañil, quizás alguno incluso es un albañil un poco más calificado, otros, venden merca, casi todos la consumen, algunos son cobradores de la merca (el mercado también tiene

su teoría del desborde, el de la merca digo), otros son soldados de los que la venden o de los cobradores, eh sabido también, que aquí en el terreno donde vivo, todos son cuatros calificados, expertos achuradores de vacas, corderos, lechones y cuanto animal usted descuide en la llanura de un campo, y no me parece mal, son estas acciones muy parecidas a los "ilegalismos" de los que hablaba Foucault, esos pequeños agujeros en la olla por dónde la presión se escapa evitando que la olla reviente. Este punto se fusiona coherentemente con aquel consejo que predica: "No te podes conformar con eso". Pienso que si no nos conformáramos con algo, tarde o temprano seríamos todos asesinos, el inconformismo mata, solo que lo hace de forma legal, poniendo medicamentos a precios por las nubes, potencias robando recursos de países pobres, en fin, se entiende el punto. También quiero confesar algo. Yo no creo que tenga lo necesario para hacer ninguna de las dos cosas, ni para robar (aunque cuando tenía trece años lo hice), ni para salir a matar guiado por no se que teoría o idea. Ni en mi modo más sacado, más fuera de control, podría hacer una cosa u otra (no soy ni eso). La gente rica o de clase media entiende muy bien el concepto de no conformarse, siempre busca, a veces puede y a veces incluso lo logran. Ahora veamos el otro lado, el que no sale de caño y traga presión, y para hacerlo quiero citar lo siguiente (aquí es donde lamento mi total cobardía):

Silvio Astier, personaje de "El juguete rabioso", de Arlt piensa...

‘¡No hable de dinero, mamá, por favor; ¡no hable..., cálese...!’ Estábamos allí, inmóviles de angustia.

‘Y así es la vida, y cuando yo sea grande y tenga un hijo, le diré: Tenés que trabajar. Yo no te puedo mantener.’ Así es la vida. Un ramalazo de frío me sacudía en la silla.

Creía verla fuera del tiempo y del espacio, en un paisaje sequizo, la llanura parda y el cielo metálico de tan azul. Yo era tan pequeño que ni podía caminar, y ella flagelada por las sombras, angustiadísima, caminaba a la orilla de los caminos, llevándome en sus brazos,

calentándome las rodillas con el pecho, estrechando todo mi cuerpecito contra su cuerpo mezquino, y pedía a las gentes para mí, y mientras me daba el pecho, un calor de sollozo le secaba la boca, y de su boca hambrienta se quitaba el pan para mi boca, y de sus noches el sueño para atender a mis quejas, y con los ojos resplandecientes, con su cuerpo vestido de míseras ropas, tan pequeñas y tan triste, se abría como un velo para cobijar mi sueño.

¡Pobre mamá! Y hubiera querido abrazarla, hacerle inclinar la emblanquecida cabeza en mi pecho, pedirle perdón de mis palabras duras, y de pronto, en el prolongado silencio que guardábamos, le dije con voz vibrante:

- Sí, voy a trabajar, mamá.

Quedadamente:

- Está bien, hijo, está bien... - y otra vez la pena honda nos selló los labios.

Mirando un poco este texto citado, es para mí una cuestión de suerte el hecho de que, primero, no haya un millón de robos por día, segundo, que nadie tenga que salir, cansado de la inseguridad, a disparar a diestra y siniestra. Es una suerte cierta ignorancia, porque yo no me animo, pero estos muchachos, al menos los que conozco si, y ahí radica la suerte, en que no puedan pensar, ni profundizar en la crisis ni en las cuestiones del alma, del absurdo constante, etc. Es bueno que incluso este domingo lluvioso se queden en sus casas, con poca o mucha comida, sin pensar en cosas algo complejas, una bendición que piensen en la merca, escuchando Leo Mattioli, embarrados y hambrientos. Bendición porque ni ellos, ni la clase media ni la clase más alta tiene la culpa, todos somos parte de un estado, ahí habría que entrar con furia, a las instituciones. Bendita droga, bendita ignorancia, bendita distancia, sino esto sería una carnicería, un solo sector culpable: los gobernantes.

Ahora bien, creo que quien toma merca no tiene hambre, y quién se olvida de la comida de su familia por una línea, es un hijo de puta. Las cosas básicas”.

“Con los fideos que sobraron del mediodía, ‘O’ cocina torrijas. Son ricas, me cansan un poco pero no por eso dejan de gustarme; ahora estoy bien, tranquilo, contándote a ti, fumando un cigarro y tomando mates, el cebador soy yo. Digo esto porque hace un rato me entregué al miedo. Había que hacer muchas cosas, y el inicio de ese conteo de cosas por hacer siempre me dispara lejos de mí, porque empiezo a imaginar que en algunos de esos quehaceres, perderé definitivamente, me angustio porque si no tendría que hacer esas cosas básicas, quizás entonces seguiría vivo, porque seguro me muero, mientras pedaleo tres cuadras y llego a la canilla de agua potable, o mientras el bidón se llena, o mientras hago las compras para comer esta noche, en alguno de esos lugares la quedo. El más difícil siempre es cuando estoy en el almacén, pienso que al no poder apurar al tipo que atiende, que como alguien normal mete el pan que le pedí en la bolsa sin ningún tipo de apuro, y luego me pregunta si quiero algo más, y sí, tengo que llevar algunas cosas más, pero no las llevo, no quiero estar ahí, me quiero ir, salir corriendo, dejar las compras en el mostrador e irme gritando de espanto hasta mi casa para poder tirarme a la cama. Lo realmente difícil para mí es la bomba de ansiedad explotando en mi estómago, esa sensación de un vómito inminente. Sé que es un viejo mecanismo del cerebro, una herencia genética de la pre-historia alojada en una capa de mi cabeza, que si no recuerdo mal, dicha parte del cerebro se llama "reptiliana". Soy consciente de todo eso, que esta todo dentro mío, en mi cabeza, como me dice ‘O’ y como enojada también me lo dice mi madre, podrida de los últimos diez años explicándome lo mismo”.

“Van a ser las tres de la tarde, estoy en el trabajo y desde hace dos horas, mi cabeza, intenta jugarme en contra. Tengo ganas de salir a la calle, de dar un grito largo y sostenido. El gruñido de un hombre asustado, que solo quiere estar tranquilo, hacer lo que hacen todos, lo que se debe hacer. En los últimos tiempos me acuerdo de un pobre diablo de la infancia, un muchacho que temblaba demasiado por una especie de enfermedad genética, hereditaria, ya

que su padre la padecía con mayor intensidad e incluso ya con graves fallos cognitivos y motrices. Pienso en él, en "el Marta", así lo llamábamos. Pienso en él para intentar tranquilizarme, decirme: "si no te controlas vas a terminar como el Marta". En este momento me cuesta hasta seguir con esta redacción obligada".

“Me duele un poco la cabeza, siento el rostro caliente. ‘O’ me retó: "Eso porque estás pensando en el trabajo y tendrías que dejar de hacerlo". Y sí, estaba pensando un poco en el trabajo, pero también pensaba en otra cosa, en algo que me dijo una conocida, ‘G’. Esto, se relaciona con el goce del padecimiento, es interesante, viene de Freud, sus pulsiones. Si no me equivoco, el psicoanalista busca descubrir la omisión inconsciente del "por qué", pero con estos de los pánicos, Freud no encuentra que haya que afrontar una búsqueda inteligible de ese por qué, lo ve como angustia, no como algo que fue tapado por los años y que haya que arrastrar desde el plano inconsciente hacia el consciente. Sí es así, estoy cagado, no de miedo, sino sin nada que buscar. Por eso, reflexiono lo contrario, imagino pues que hay un "por qué" en este modelo de padecimiento, y ahora se me ocurre la queja, una pelotudez, puede ser algo más serio, más interesante que la "queja". Aunque esto de mi queja no es tan poco tan vacío, al menos eso quiero creer. Hay goce en el padecimiento, bien, el cuerpo es adicto, bien, la pulsión de muerte, bien. Todo eso se entiende y solo queda (y esta es la gran prueba) aplicarlo. ¿Cómo mierda lo hago?

Pienso en la queja, me recuerdo a mí, de adolescente y una de tantas frases que repetía era "sé que si trabajo para alguien, voy a preferir estar muerto". ¿Me habré hecho daño a mi mismo? De dónde viene esa frase tonta. Viene de la queja. También recuerdo que siempre repetía: "yo trabajo todo el tiempo, todo el día, estudio, analizo; el problema no es el trabajo, el problema es hacerlo para otro, trabajar para otro". Es una postura que ahora me causa bastantes problemas. Debo decir también que detesto cualquier tipo de orden, y que se entienda, no dije

encargos, dije órdenes. Por más sutil que me sea dada la misma, me veo queriendo romper todo al recibir una. Un capricho tal vez, esta forma mía de ganarme el pan. Soy un niño caprichoso que quiere quejarse, seguir quejándose, pero soy también un niño que quiere comer, por eso omito la queja, el pleito, terminando de explotar por dentro. Es el problema de casi todos, vivir como no se quiere; yo, el poeta, el rebelde, el intelectual, el programador, el que quiere estudiar matemáticas (no sé porqué) viviendo igual y siempre tirando a una posición económica algo peor. Voy plantando mis propias piedras, para tropezar hasta abandonar el trabajo de turno, o hacer que me echen, o que me pesquen cometiendo alguna falta, haciendo trampa. Ahí esta la "queja" diciéndole al jefe: "no valoro tu dinero ni tu trabajo", quizás no poder decirlo me mata. Y pienso que al ser una "queja" formal para mi, de vida o muerte, la burla silenciosa hacia mis patrones no llega a ser un antídoto suficiente para atravesar la jornada de trabajo.

Voy a probar con controlar mi queja, vestir un personaje (que mal me suena). La falsedad es nuestro rezo, el de Nietzsche con Dios ha muerto y el hombre reemplazó la deidad por el signo del dólar, al final todos somos perros y los canes aman a sus amos”.

“Sobre Pizarnik, vi en internet un comentario de ella sobre Cesare Pavese, decía más o menos que había quedado maravillada sobre lo que Pavese reflexionaba, ya que, según ella, había reflexionado lo mismo y esa coincidencia la llenaba de energía, haciéndole pensar que no estaba sola y que existía la posibilidad, que como Pavese, ese pensamiento y coincidencia fuera una salida de la oscuridad. No bastó más para que fuera hasta la biblioteca y retiré la narrativa completa de Pavese. Recuerde que los libros nos eligen, y a veces sucede de esta forma, uno llega a ellos y, en mi caso, guiado por el azar de encontrarme con la publicación (el post) de Pizarnik.

Por supuesto que referencias como esta hay miles, basta con leer vigilar y castigar de Foucault, cosa que me llevo a descubrir a Thomas de Quincey, un narrador exquisito, si no lo conoce, búsquelo y busque también, si necesita referencias, quienes admiraban a Quincey. También al leer "Fausto" de Goethe se ven los pies de páginas llenos de referencias, tantas cosas por descubrir... Siguiendo con Pizarnik, pienso en los fantasmas que existen dentro nuestro y que, a pesar de que estos fantasmas existen en cada ser humano, solo en algunos se agrandan hasta el punto de convertirse en verdaderos demonios de carne, con mirada negra, pies rápidos y cuchillo en mano. Con esto quiero contar mi historia de renunciadas, porque hoy martes renuncié a mi trabajo (anticipo que no me dejaron). Estuve desempleado alrededor de seis o siete horas, y cuando reflexiono sobre mi decisión y mi acción, es cuando veo a mi fantasma convertirse en fuego real, en espanto con fuerza y volumen.

Mi frase de renuncia fue: "Voy hasta el kiosco a comprar masitas", no fui hasta el kiosco y cuando llegue a mi casa, agitado y sudoroso, llamé para decir que no iría más. No lo entendían y no lo quisieron entender (mi trabajo consiste en vender casas), no hubo forma, no tuve maneras para que me acepten la vestimenta de trabajo, no querían que se las lleve y ellos me vinieron a buscar hasta mi cuartito, pidiéndome explicaciones, que les diga la verdad, que querían saber que era lo que estaba mal, lo que querían que corrijan, para cambiarlo, para que ya no me moleste. Pensé, cuando pasaba todo esto, que estaba siendo ese niño caprichoso amante de la queja, pensé en las horribles ganas de llorar que me agarran en la oficina, miraba dentro de mi cuando me pedían que siga, recordaba todas aquellas cosas para no ceder, y siendo sincero, me sentí como el peor hijo de puta. ¿Por qué? ¿Por qué ablandarme y olvidarme de mi sufrimiento y tener ganas de suplicarles perdón, qué no me dejen sin empleo, por qué? Sé que no es normal que tu jefe te siga hasta tu casa, negándose a aceptar la renuncia, que te permita faltar ese día prometiendo que no te lo descontará, y asegurando además, que me va a permitir pensarlo, que lo analice toda la tarde, que él va a volver a pasar

cerca de las nueve de la noche, cuándo vuelva de su viaje a Rosario. Imaginé que no volvería, que él también tuvo su rato de análisis, que nadie es imprescindible, pero hace un rato golpearon las manos, no salí. Gritaron mi nombre, tampoco salí, se metieron por el pasillito oscuro, esquivando los pibes que fuman faso y toman merca y tocaron mi puerta, tuve que salir, era él. Aún no puedo dejar de sentirme mal por mi accionar. Pensé toda la tarde. Lo primero que busqué en esta tarde de reflexiones, fueron excusas válidas, pequeñas cosas. Ninguna excusa tuvo éxito, si no me convence, menos va a convencer a este tipo que vino a golpear la puerta de mi cuartito. Concluí que lo mejor era decir la verdad. Y lo hice, le comenté que muchas veces, sentado en mi escritorio, me sentí morir. No lo actué, dije que pensé serle sincero y así fue, aposté por la sinceridad porque al fin de cuentas, tampoco 'C' es un mal tipo, esta aquí como todos, intentando sin saber que hacer más allá de lo suyo.

Sentí vergüenza mientras hablaba, un tipo de veintinueve años diciéndole a su jefe que a veces tenía ganas de llorar. Que solo era eso, solo eso, que no había ningún problema. Respondió "¿y por qué no lo dijiste antes? Somos un equipo, una familia" dijo también alguna cosa más sobre el trabajo, pero siguió siendo humano y se quitó el título de patrón, habló de sí, de sus problemas, de sus gestos. Nos dimos la mano y me preguntó "¿Mañana volvés?", "Sí, a las nueve estoy ahí". Dos adultos sin más ambición que queriendo cumplir el papel lo mejor que se pueda, por mi parte no tengo idea de cuánto más aguantaré ahí, si podré seguir vendiendo o incluso siéndole útil para algo, puede que vuelva a equivocarme en el futuro y le termine fallando, sé, conociéndome bien, que es una probabilidad alta, pero me dejó tranquilo, ahora estoy bien, voy a cenar té con galletitas junto a 'O', mi madre comerá ensalada".

“¿Cuánto piensa un hombre? Jamás lo sabré. En mi máquina de escribir tengo una calcomanía, es el retrato de José de San Martín, "serás lo que debas ser, o no serás nada".

¿Por qué esta frase no está citada en millares de escritos? He leído un libro muy bueno sobre su vida, "La voz del gran jefe", ¿Por qué digo todo esto? Es mitad de semana, y no puedo pensar en nada, intento entonces observar al resto, hay gente que no para, trabaja diez o doce horas, y luego tiene un volcán dentro que utiliza para seguir haciendo cosas, yo, sutil y de a tropezos, apenas llego arrastrado a mi cama. De algo me estoy perdiendo, sin duda.

Por eso juego un poco con la frase de San Martín. Desde hace años estoy siendo, al menos para el mundo, NADA. No sé si habrá algo malo en ello. Siempre estoy pensando en cosas, un taller literario, un club de ajedrez; también busco una idea loca, prohibida en estos tiempos (más de dos mil años), esa idea que no encuentro es una respuesta a ¿cómo corno hago para vivir de la escritura? En esos intentos de dar con algo, escribo cartas a mano, las decoro, las dibujo y también narro fanzines, nada de esto verá la luz jamás, no sé si escribiré bien o mal, eso lo dicen los siglos, pero soy pésimo haciendo collages y cosas artesanales. ¿Ser solo eso? Reflexiono y pienso en los autores que admiro, tuvieron sin duda, una vida terrorífica, ¿Cómo vivir? Me gustaría, en parte, vivir con todos por todos los tiempos, y no creo ser lo suficiente lucido como para llegar al "punto de no retorno" de Kafka. O a la postura que sugiere Adriano, ese emperador inventado por Marguerite Yourcenar que tiene una reflexión sobre esto: "el hombre que vive y alcanza la inmortalidad, lo logra por haber vivido toda su vida en los extremos", refiriéndose a los extremos de la locura, o del horror, de la tragedia, de la pobreza o la mala suerte, yo me veo común, tanto como para ver un extremo y temblar. El hombre sabio quizás los conoce, alcanza los extremos, les degusta la textura, y tiene la capacidad para salirse de esa posición y volver al camino tranquilo de la vida, y dejar pasar el tiempo con una mirada en el horizonte. Ayer me tocó un día duro, no pude pensar mucho luego de la visita de mi jefe y mi confirmación de volver al trabajo, luego de eso, me encontré hablándole a 'O' sobre Vigilar y Castigar, un resumen oral de media hora, para con alguien

que jamás escuchó sobre filosofía o sobre Foucault durante treinta años hasta ayer a la noche.
¿Qué fui? ¿qué gané? ¿Fui lo que se supone que soy?

“Viernes señores; siento que puedo mandar un poco a todo el mundo a la mierda, ¡Viernes! Hasta el lunes al menos. Estoy tan cansado que se me ocurrió la posibilidad, de ser compatible, de que un albañil, después de una jornada exhaustiva de trabajo, termine practicando yoga.

Lo dibujo un poco en el pensamiento, una sesión de yoga al atardecer, en un patio muy bonito, las colchonetas limpias y correctas apoyadas sobre un césped de corte prolijo, mujeres con calza, hombres con ropa de gimnasia, toda prenda correspondiente a una marca obvio, y el albañil apareciendo entre el grupo, él pensó, que podría utilizar cualquier ropa, una que por supuesto no esté tan manchada por el trabajo que realiza. No es ropa de marca. A la sesión asiste gente de variada edad, algunos al borde de la edad jubilatoria, otros y otras comenzando sus estudios universitarios, pongamos que nuestro albañil ronda los treinta años; en una jornada demasiado calurosa para él, hoy tocó hacer una viga de hormigón en la planta alta de una vivienda, esto es, armar más de tres cuerpos de andamio e ir subiendo una fila interminable de hormigón hecho a máquina, es un trabajo con baldes en el que no se puede descansar. Si frenas un segundo, el resto va a comenzar a insultarte, sientes el corazón latir con fuerza, los músculos respondiendo con dolor, pero sigues, porque no hay ninguna otra cosa que puedas hacer, al menos no por la que te paguen. Aparte, el oficial observa todo, y peón que descansa es peón que no sirve. Una vez me tocó realizar la instalación eléctrica de una vivienda en la localidad de Murphy, en el terreno de al lado, unos rosarinos levantaban otra vivienda de ladrillo, comenzaban temprano por la mañana, y una hora después, alrededor de las ocho de la mañana, estaban totalmente borrachos, con la piel rosa y los ojos rojos de alcohol, así seguían todo el día, bebiendo y trabajando sin descanso alguno hasta las siete de

la tarde. Mi madre me preguntó una vez, por qué viven y trabajan así. ‘De otra forma nadie podría resistir, sin alcohol, sin la música tan fuerte como para invadir el pensamiento, nadie puede soportar eso’. Y volviendo a nuestro pobre albañil que resiste desde hace media hora la postura, mientras se concentra en el aire entrando y saliendo de su nariz, concluyo que es improbable, tú puedes trabajar de cualquier cosa y así y todo puedes asistir a yoga, el cuerpo y la costumbre te lo permitirán, pero no creo que la albañilería ayude en algo a integrarse con la energía o la posición de quietud que el yoga busca. Así pienso (por eso me explaie un poco sobre esta boludez) que cualquier teoría de buscar el yo y el desapego del yo, fluir, energías, etc... Sigue siendo, como todo, una cuestión socioeconómica”.

“Mañana hay elecciones, no pienso ir, no voté nunca. Todos los rostros políticos me generan náuseas: tengo la tendencia de imaginarme a las personas cuando recién se levantan, verlas así, despeinadas, con los ojos hinchados, seguir como si fueran música sus movimientos lentos, el comienzo del día, el camino de la vida. Intentar ver, en los cuerpos transpirados, aún con el olor de su piel, aún con mal aliento, con el pelo pegado, como surgen, desde las sombras aún, como se erigen las justificaciones; y me imagino en paralelo a las caras sonrientes a la fuerza, simpáticas de forma obligada, de estos tipos y tipas que nos piden nuestro voto, implorando le demos la chance de salvarnos, vómitos. Un hombre que había tenido casa, luego de perderla por intentar emprender en este suelo, luego de años de manejar un taxi, me dice, al enterarse de que nunca voté: ‘a entonces no te puedes quejar’. (Todo me dice siempre que los grilletes nunca dejaron nuestros tobillos de esclavos). Él me dice que no me puedo quejar, yo salgo a defenderme detrás de la postura que reza: decir que NO también es un derecho. Si siento que nadie me representa, que estos personajes de camisa y zapatos, con panzas llenas, están muy lejos de mí, muy lejos de todos los que conozco, ¿por qué me obligan a elegirlos? Los grilletes siguen estando. Este hombre me retaba por no haber votado

nunca, sin cuestionarse con verdaderas entrañas todas las veces que él había votado mal, a lo sumo espetaba un "que se le va a hacer". Es una buena persona, sin maldad, imagino que ha engañado alguna vez a su mujer, obvio, es fácil enamorarse del trabajo y aceptar todo si se tienen ciertas libertades. En fin, no era su culpa, al menos no en la superficie, pero si se escarba un poco la cuestión si que es posible ver que hicieron las generaciones anteriores para evitar esto, no hicieron un carajo, pero todos estamos aplastados por nuestros gastos, por llevar adelante la familia, ¿es eso suficiente? ¿La absolución es así de barata? Después pensamos en las madres, en las mujeres, en los niños, en mayor medida o en menor medida, hacemos todo por ellos, justificamos, votamos para el culo y mientras los que amamos tengan para comer, a la mierda el resto, así se vota, por eso elijo no hacerlo.

Hoy pensaba en como hace el resto para tener cosas, rara vez he tenido o conseguido algo. Pero muchos de lo que conozco logran, bah... "decir lograr", me refiero a alguna cosita material. Me importa poco, las cosas materiales, muy poco y seguramente ese desdén por las cosas hace que no pueda conseguirlas. Pero lo pienso porque durante épocas, años, me he esforzado, y a lo sumo podía darme el lujo de comprar un helado para mi y para mi madre un sábado a la noche, el resto: alquiler y comida hasta llegar al próximo pago semanal. Podría armar teorías: lo logran de cierta forma ilegal, lo patrocinan los padres, etc. No sería correcto lucubrar alguna forma más o menos ayudada, me da igual lo material, no quiero ponerme a ver al resto, solo concluyo que por lo general, no consigo nada de nada, me voy de un trabajo tan desnudo como como entré.

Ya le dí a usted lector, la nota o argumento sobre lo que busco con estas palabras, escritas sin filtro o control alguno. Aquí no hay raciocinio o algo por el estilo, es una improvisación volcada sobre el papel. ¿Digo esto porqué? Lo siguiente: concluí sin inteligencia, que la mujer, la pareja en general, tiene un deseo incontrolable de salir, no importa a donde, salir por salir, pasear, no es ni algo bueno ni algo malo, pero me rompe mucho las pelotas, de dónde

nace eso, querer salir por salir a donde sea, solo vestirse e ir uno al lado del otro mirando sin sentido las calles que conocemos de memoria. Estoy mintiendo un poco, lo que me rompe las bolas hoy es esa manía de 'O' de querer ir de los padres, todos los días, arrastrarme a mí hasta allí, le comenté, ante esta gimnasia, lo siguiente: "a que mierda vamos de un par de viejos casi-analfabetos con el discurso del evangelio tatuado hasta en la médula". Bueno, después me toco remar. Solo me agarró en mal momento, como puede ver no hay raciocinio aquí.

Volviendo al origen, mi primer ataque de pánico fue hace unos diez años, era al mediodía, lo recuerdo bien, estaba comiendo y un simple reflujo estomacal hizo que todo estallara. Recuerdo tirarme al piso, llorando, creía que estaba teniendo un infarto, recuerdo también a mi madre, tomándome la mano mientras intentaba calmar mis gritos de "llamá a una ambulancia, hija de puta, ¿¡por qué no llamas a una ambulancia!?", era mi fin, estaba seguro. Diez años después puedo ver otras cosas, como por ejemplo que la angustia siempre estuvo ahí, dentro de mí, acompañándome, esperando. Uno de estos recuerdos recurrentes, que estoy seguro jamás olvidaré, es lo que me hizo dejar la escuela secundaria: "tenía un compañero que se llamaba Ian (aún se llama), le decíamos manzanita. Ian intentaba llevarse bien con todos, no era muy alto, de estatura por debajo de la media, regordete y con la tendencia de que sus pómulos enrojecían con facilidad; un par de condimentos para tomarlo un poco de punto. Un día, a este tal Ian lo tenían arrinconado contra una pared, dentro del salón, no recuerdo el detalle de haciéndole qué cosa, si molestándolo o incluso golpeándolo; la cosa es que Ian estaba sufriendo mientras todos los demás reían, en un movimiento, una de las mangas de su pantalón se le sube casi hasta la rodilla, eso me dejó ver un calcetín hermoso, colorido, daba ternura que este chico que estaba siendo maltratado tuviera un calcetín tan lindo, y de hecho era un calcetín como el que nunca yo había podido vestir hasta entonces.

Sin ningún aviso, comencé a sentirme mal, pero no ya por Ian, que era el que en definitiva estaba sufriendo los golpes, sufrí por la madre de Ian y por la abuela, hasta por las mascotas de Ian. Me imaginé que si tanto sus familiares como sus mascotas, tenían una mínima idea de lo que a Ian le sucedía en el colegio. Vi a su madre, o a su abuela, colocando con ternura la media para que el niño la viera antes de asistir a clases, las vi luego, con esfuerzo, higienizar la prenda y dejarla lista para un nuevo uso, vi todo lo que hacían para poder comprar ese par de calcetín tan lindo, tan colorido. Calcetín que era testigo también de los gritos de Ian pidiendo que lo dejen en paz, que por favor ya no lo molesten. Pensar en eso, en como lloraría su madre, en como lloraría su abuela y hasta sus mascotas, incluso hasta el calcetín si pudiera, en como lloraría el mundo por lo que estaba sufriendo Ian, me dejó una sensación tan honda en el pecho que poco a poco escaló a forma vertiginosa, mi interés por asistir al colegio, a cualquier tipo de colegio, se esfumó. Jamás lo dije, omití siempre este testimonio al intentar explicar en casa o a cualquier persona, porque decidí abandonar la escuela, simplemente ya no podía, me generaba "eso" en el pecho y no quería volver a sentirlo. Por supuesto, para el resto "el vago la dejó por la calle", me importa poco lo que hayan pensando. Tenía trece años cuando sentí "eso" por primera vez, hoy veo que era angustia, y no sé bien por qué vino por esa imagen del calcetín hermoso que Ian vestía mientras lo maltrataban. Después, en los años que separaron ese primer contacto con la angustia hasta mi cagazo por el posible infarto, he tenido momentos en que sentí algo parecido, no tiene mucho caso en sí narrar cada uno, pero puedo contar como me vi en esos años y como me veo hoy con un poco más de distancia, jamás lastimé un animal, al menos no de forma directa, me tocó presenciar a alguno del grupo con quienes vagaba mandarse alguna macana, yo aguantaba las ganas de llorar por el pobre bicho y al volver a casa abrazaba a mis perros. Ya he comentado sobre un robo que cometí, el mismo año del episodio con Ian, no tenía zapatillas, un par de amigos de mi misma edad me dijeron que me harían el aguante, una cosa llevó a la otra y nos

encontramos en el centro golpeando a un grupito de rubios (en verdad eran rubios, no intento decirles otra cosa) y amenazándolos con un cuchillo para sacarles las zapatillas”.

“Hoy es martes y por lo visto los martes me descontrolo. Fue el martes pasado cuando dejé el trabajo, y hoy lo volví a hacer. Es el síntoma del cuerpo, sí, el síntoma de que no debo volver allí, no tengo un peso, nada, así y todo se que no soy capaz de resistir un día más en ese trabajo. Ahora que ha pasado un par de horas, y con el cuerpo dolorido, me siento muy mal, no por el fuego mencionado, sino por el hecho de dejar el trabajo. Por más pensador, rebelde, anarquista, libre, como quiera llamarlo, por más salvaje que sea una persona, abandonar el puesto laboral duele, y concluyo, sin mucho análisis, que es por el daño hecho, desde la infancia, la pre-adolescencia, la adolescencia, la adultez joven, como decía Severino Di Giovanni (el dolor de: tener, no tener, o buscar trabajo, es dolor), toda la vida encaminada hacia una sola función: trabajar. Dejarlo deja en uno la sensación de que pierde la oportunidad de vivir algo, de que algo acaba, y eso deja un gusto amargo, de difícil digestión si tenemos en cuenta la cultura mencionada, la búsqueda de trabajo, la concreción en el trabajo de la vida misma, del sentido completo de la existencia, dejarlo, es un poco ir en contra de todo lo que uno es, por la formación obtenida y por la cultura en la cual se vive. Abandonar el trabajo es siempre perder algo, y muy rara vez tener la oportunidad de hacer algo nuevo. Se esta mal, no hay otra.

Juego con los números para encontrar una justificación a mi decisión, pienso en lo que cobro y en lo que sale vivir. Veamos, el sueldo básico ronda los ciento setenta mil pesos, en este trabajo cobro ochenta mil al mes, uno a cero a mi favor. Gano cuatro mil pesos al día, en dolar blue son casi seis, en dólar oficial son exactamente diez dólares con nueve centavos, más gráfico: un kilo de azúcar sale mil doscientos, mil trescientos pesos, por ahí anda; el kilo de carne en algunos lugares cuatro mil, en otros tres mil seiscientos y así, todos estos

números me dicen que no debo seguir trabajando allí, sin embargo, duele. La cultura y la pobreza de mi bolsillo, si pienso en ellos, seguiría trabajando allí hasta reventar, y otra vez vuelve a mi cabeza esa idea de que como nací un martes, esto puede ser algo poético.

Ayer lunes no pude escribir, hoy me encontré con todo esto, y si bien esto es un texto sin filtros, una improvisación general y no sé si con demasiado sentido, en una libretita verde, voy anotando tópicos, puntos a modo de que hablar, y partir de allí si me llego a quedar bloqueado en un momento. Con ironía releo el tópico que esta encabezando la lista hasta ahora: "de una bici casa y/o cobrar los viernes". Imagino que si no tuviera miedo viviría en una bicicleta, o mejor dicho, tirando de mi casillita con una bicicleta. Busque en Google, usted lector, lo siguiente: "Byke camper", y si no le aparecen muchos ejemplos intente con: "Byke camper for homeless", con este último imagino que verá ejemplos mucho más creativos y sin tanto sentido comercial que como el primero. Luego, la segunda parte del tópico dice algo sobre cobrar los viernes. Antes de conocer a 'O', mi visión sobre la vida ideal era crear una byke camper, bien armadita, con aislación y algún tipo de baño, y vivir de esa forma, haciendo cualquier changuita para cobrar los viernes, y estaría viviendo sin dudarle de esa manera si hubiera tenido los sesenta mil pesos que por entonces necesitaba para construirlo. Luego conocí a 'O' e imaginé otro tipo de vida junto a ella, me refiero a esa postura un poco machista de querer darle a la mujer que ama una "buena vida", sí, puede que tenga algo de machismo, no sé cuanto, pero si sé que muchísimo de amor; como decía, no condenaría a 'O' a vivir así, pero un día, hablando por hablar, me dijo: 'hagámoslo', entonces confirmé dos cosas. La primera, que elegí bien, la segunda. que está más 'loca' que yo al estar conmigo, aunque es más sencillo el asunto: es más fuerte. Pero así imaginaba mi vida, con una bici-casa a mis espaldas y cobrando algún peso el viernes, escribiendo y leyendo mucho, libre, sobreviviendo a fideos blancos y alguna comida normal (aunque cada vez es más lujosa). Se sufriría menos, no se pensaría tanto en la llegada del viernes, al menos yo no

pensaría tanto en eso, no haría cuentas para sobrevivir siete días y guardar para el alquiler, la luz, etc. Cuando ‘O’ me confirmó que en algún momento podríamos hacer esta idea, estábamos en la plaza San Martín, un atardecer de viernes que hacía parecer que estábamos en primavera, la gente vestida con remeras y pantalones cortos aunque estuviéramos en invierno. Yo le dije: ‘Amor, imagínate que ahora no tendríamos que ir a ningún lado, que nuestra casa estuviera aquí, al lado del banco de plaza, y más tarde, cuando llegue la noche, la llevaríamos por ahí, nos dispondríamos a dormir y comer, imagínate que no estaríamos mirando la hora como estamos, para volver al cuartito, pensá que no tendríamos que ir a ningún lado, ningún apuro por nada, solo aquí, sentados, tres horas más si quisiéramos, y mañana otra vez, hacer lo que quisiéramos’. Puede que la bici-casa solo sea una quimera, u otra forma injerta en esta forma que conocemos, haciendo uso de la misma, pero no formando parte en sí, con el cuerpo, de esta vida de cuentas.

‘O’ interrumpe esta escritura para mostrarme un poema que le regalé hace unos meses, escrito porque sí, y dedicado luego a ella, dice lo siguiente:

AMARTE

Te puedo amar, por fuera de todo,

Bien lejos de esto, de cada cosa...

Porque acá,

Entre escalinatas y pasillos,

En horarios,

Entre costumbres y consumos,

Mi amor es monedero,

Mi amor son centavos...

Puedo amar, verás cuánto,

Si miras allí...

Donde las formas son escasas,
Y de las reglas nadie sabe,
Donde no esté prohibida la intensidad,
Ni mal visto apostar,
Lejos, te puedo amar,
Aquí dentro, habría riesgos,
De que esté cansado y mi amor, acá, no sea amor...
Y cada gesto que figure regalar,
Solo sea una costumbre, un estándar,
Siempre que haya porvenir, dinero...
Mi amor cero positivo,
Un día nublado,
Y si existiera aquí, la posibilidad—amar...
¿Qué amor podría darte, yo, aceptando?
Solo fuera de todo sería real,
Donde no pueda, regalarte nada. Amor.

“Han pasado casi dos días en los que no he podido escribir nada de nada. No porque la textura se haya acabado, esto es sobre lo que venga. Pero, suceden un par de cuestiones. Como comenté en líneas anteriores, la cuestión de haber abandonado el trabajo me trauma un poco, me siento mal por ser tan débil ante la posibilidad del hambre, si... tenía un plan, una especie de plancito que me permita seguir alimentándome, pues ese plan hasta ahora no ha ocurrido. Calculaba, que con el dinero que ‘C’ aún me debe, lo podría utilizar en realizar churros y salir a venderlos o, en su defecto, comer con esa plata hasta poder empujar lo suficiente como para conseguir trabajos de limpieza. Y refiriéndome a limpieza, el

mecanismo es ir comercio por comercio preguntando si no desean que les limpie los vidrios y le baldee la vereda a un precio económico. Hasta el momento nada ha comenzado, ni 'C' ha aparecido con el dinero que me debe, y en todos los comercios que visité, siempre ha sido la misma respuesta: No, gracias. 'O' me dice siempre: "con hambre o con la panza llena, me quedo con vos". A pesar de esta fortaleza, hoy lloramos juntos. Lloramos sobre todo por ese sentimiento que florece al no comer y que por supuesto no esperábamos: el sentimiento es sentir que uno no sirve para nada, que nunca va a servir para nada y que, con una fuerza descomunal, te conquista la idea de tirarse a la cama juntos, abrazados hasta ir muriéndonos poco a poco.

Logramos salir de eso. Pensé en De Quincey, pensé en los grandes que han pasado por esto, en esas vidas cargadas de monstruos, y me pregunté ¿Cómo lo lograron? ¿Cómo es que hicieron obras memorables mientras morían de hambre, de frío, de alguna enfermedad? Bueno, por algo sus nombres se recuerdan hasta el día de hoy. Otro recurso que agoté fue intentar vender parte de mi biblioteca, la parte específica que el mercado considera "la mejor literatura". Fui hasta un local que vende libros nuevos y usados, y se los ofrecí, su respuesta me defraudó: "depende el estado, solo clásicos latinoamericanos". Entiendo porque hay muchos estúpidos intentando ser los nuevos Cortázar o Borges, o lo que es peor aún, creyéndose Cortázar o Borges en cuerpo y forma, como sea, adiós a la posibilidad de que mi biblioteca me salve. Al menos para conseguir la plata como para comprar unos fideos, uno o dos pedazos de pan y ponerme a cocinar churros.

No quiero seguir hablando de estas cosas, pienso que sin darme cuenta se ingresa a una postura de víctima que es inexistente, yo mismo busque y cometí los errores necesarios como para no tener para comer".

“Cuando era niño, creía que septiembre era la mejor época del año que puede existir, este mes era como una muralla infranqueable por la cual nunca podrían colarse las cosas malas. Fue un veinte de septiembre del año dos mil seis cuando me enamoré por primera vez, y lo hice de forma entera, y como era obvio, ese amor me hizo llorar. Recuerdo que cuando el mismo terminó, meses después, incluso un par de años, me imaginaba a mí mismo recorriendo la vida, siendo adulto, relacionándome con otras mujeres que no fueran ella, y que podría vivir muchas cosas, pero estaba seguro entonces de que jamás encontraría la pureza, la inocencia de ese primer amor, el cosquilleo al caminar abrazados por las calles del centro de la ciudad, que no volvería a imaginar y a soñar un par de ojos con la misma pasión que como lo había hecho. Todo terminó al enterarse la madre de ella, porque rompimos reglas, y es que un niño sabe mejor que un adulto que las reglas están hechas para romperse. Volviendo al final de ese amor, N y yo teníamos un horario en el cual nos permitían vernos, era la condición de sus padres, solo en cierta hora y bajo la vigilancia de algún adulto; por mi parte, mi madre luego de que yo cumpliera nueve años, nunca supo bien por dónde andaba ni que era lo que hacía en las calles. Bien, teníamos un horario y ese horario no nos alcanzaba, se esfumaba muy rápido. Ella tenía trece años, yo doce. Una de esas tardes, aún durante el horario permitido, me comentó que no habría nadie en su casa a la mañana siguiente, y que quería que yo vaya, que rompa la regla de sus padres. No lo dudé un segundo y aguardé toda la noche la llegada de la mañana siguiente. Eramos aún inocentes y puros, no hicimos el amor ni nada parecido, solo estábamos sentados en el tapialito de su vereda, tomados de la mano y dándonos un beso cada tanto. Una tía de ella llegó de imprevisto a visitar a su madre y se encontró con aquello. Adiós amor, adiós todo lo que creíamos del futuro. La vieja pu... nos buchoneó por más lloriqueos de N implorándole que no lo haga. Habrán pasado tres días, no más, y no pude resistirme, fui hasta su casa, dispuesto a enfrentarme a sus padres. Toque la puerta, temblando de nervios, atendió su madre. ‘N no tiene permiso para verte, no vuelvas. Además, la

llevamos al campo con sus tíos'. Entonces no supe cual era el crimen que habíamos cometido, hoy lo sé: ninguno. Pero la vieja era demasiado puritana, por eso ahora yo sonrío con un poco de placer y maldad al recordar que mi primer amor, decidió a sus veinte años, declararse lesbiana y casi darle un patatus a esa vieja mojigata. No pude haber planeado yo, mejor venganza que esa, aún río a carcajadas. Bien hecho primer amor, bien hecho.

Pero, debo decir que tengo cierta particularidad (y que nadie se enoje) con una mujer que se considera lesbiana. En el cuartito en dónde vivo actualmente, fui atacado por una. Obvio que muchos meses antes de conocer a 'O'. Paso así: por la tarde la había llevado, a esta lesbiana X, en mi moto a realizar unas compras, bien, esta X es la sobrina de la señora mayor, LA SEÑORA anciana, que vive en el terreno donde está mi cuartito. Esa tarde hicimos varios viajes, y en cada nuevo viaje, esta susodicha apoyaba con más fuerzas sus tetas sobre mi espalda, usaba tonos y preguntaba cosas que a uno lo hacen lamentar, porque al ser lesbiana nada pasará. Y más teniendo en cuenta, que en la vereda del terreno donde todos vivimos, estaba su pareja tomando cerveza y comiendo helados. La pareja de X era una veterana de casi cincuenta años, rubia, tan flaca que parecía desnutrida y llena de tatuajes. Pensaba: "está su novia a cinco metros de la puerta de mi cuartito, y sobre todo es lesbiana, que pena". Me quedé en la vereda ya que todos estábamos ahí, incluso charlé un poco con la pareja de X. La tarde se volvía anochecer y yo estaba ya por entrar a mi cuartito cuando la pareja de X se va a buscar más cerveza. Adelante de todo el mundo (su madre, su tía, sus primos, otros vecinos del terreno) X se levanta y da un grito: 'Guacho no puedo creer como me enamore de vos', se me acerca y me come la boca. Todos celebran, su madre incluso festeja: "ahí esta hija, bien, no te vuelvas a Buenos Aires con ella (la pareja, la vieja de 50 años) quédate conmigo y quédate con él". Yo sospechaba que esta lesbiana X quería sacarme plata para más cerveza. En fin, mi madre también estaba en la vereda y sonreía nerviosa. Como la pareja de X había regresado, me metí a mi cuarto, me sentía mal por ella, soy así, un idiota. Una hora después,

con la oscuridad ya, mientras yo leía recostado en la cama, X entra a mi cuartito y cierra la puerta detrás de ella. ‘¿Estás bien, Bautista?’ a mi respuesta que sí, (yo ya sabía lo que se venía), X sube a la cama conmigo y lleva su mano a mi entrepierna, apretaba con fuerza mi verga, me pide que la bese, la beso. Toco sus pechos, su cola, esa cola redonda que observé toda la tarde y que me parecía imposible. Se despega de mi boca, me saca el pantalón y se mete mi pija en la boca. Me la chupa con frenesí, sube y baja con velocidad, con toda su mano presiona mis huevos. Entonces, justo en ese momento, sale mi idiota completo y la freno, le digo que NO, no se puede, su pareja puede entrar, etc. Imaginé que la flaca tatuada no dudaría un instante en clavarme un cuchillo, X se levanta, se esta yendo. Le digo que espere, mi idiota completo se arrepiente, hago que apoye las dos manos en la puerta, me arrodillo detrás de ella, le saco el jean con violencia, a la vista me queda su hermosa cola con una tanga negra, la desnudo. Le pido que abra las piernas, entierro mi cara en su culo, uso toda mi lengua, gime, ‘shh, no’, le digo. Me levanto y empezamos a cojer, rápido, hacemos ruidos, se pega a mi antebrazo y me muerde, me hace doler. Pasan diez minutos, doce, quiero terminar rápido, que nadie se entere, termino. Nos vestimos en seguida, se da vuelta: ‘quería asegurarme de que estabas bien’, me da un beso y se va para siempre, me quedo pensando en que debo tener algo femenino, algún rasgo, o que, probablemente, no entiendo nada de nada. Bienvenido a los cuartitos en un terreno compartido”.

“Sí, septiembre me parecía un mes mágico. Siempre sucedía algo interesante, un proyecto, alguna conquista, algún pequeño éxito económico que me dejaba unos billetes en el bolsillo, algo siempre pasaba. Pero la cosa fue cambiando, mientras más crecía más difícil era que este mes fuera aquello que había sido: aromas frescos que el invierno no podía alcanzar, atardeceres con algún sentido. De forma gradual y silenciosa, este mes tomó el cuerpo de una bestia dura y péfida. Un diecisiete de septiembre falleció mi hermana menor, después de eso

todos los meses son malos, cuando todo florece, cuando los estudiantes y la vida completa se vuelve festiva, me sumergí en lo más oscuro que pude vivir y me doy cuenta que aún no puedo irme de allí, de ese cuarto frío donde mi hermana ya no esta. Hoy tengo hambre, recuerdo a mi hermana, veo a mi madre, veo a 'O', y no se porque permití convertirme en este infeliz que no tiene ni trescientos pesos para poder comprar un paquete de fideos.

Me acerqué a 'O', que esta tirada en un rincón del cuarto, sobre un colchón de goma espuma pelada, decaída, la beso y le digo que me encanta su perfume. Sonríe. Pienso en mi hermana, no quiero hablar de ella en este libro, creo que no podría hacerlo, su memoria merece algo mejor, pensar en ella requiere un trabajo interno, de abstracción fuerte, para mí, la muerte de mi hermana menor implicaba por una cuestión biológica, mi propia muerte. Es seguro que esto, para mi madre, para cualquier padre, es mucho peor, uno muere antes que los hijos, que una hermana menor, el problema entonces es que seguimos aquí, y no terminamos, no termino mejor dicho, de entender esta última parte, aún vivo, y no se muy bien que hacer con esa cuestión.

Estar con hambre implica una cercanía a la calle, de seguro en algún momento, si no puedo comer, menos aún podre pagar el alquiler. Hace dos meses tuve la idea de sacar un folletín literario con entrega semanal, escribí tres o cuatro y ahí quedo mi proyecto, esperando. El primero de esos folletines se titula: "¿Qué tiene la calle?". Una oda casi al pavimento frío y sucio, allí terminamos desnucados, y en el folletín aplaudo esto, terminar así. La realidad es dolorosa y toda teoría es un espejismo poético, luego esta el mundo y lo que cada cual tiene en el bolsillo. Edgar Allan Poe murió en un callejón, Pizarnik necesitaba ayuda para trámites básicos, y así hubo muchos más. Rondan desde millones de esquinas estos tipos de almas parecidas, destinadas a la calle, algunos escriben, otros pintan, otros mueren bravos, otros viven a los tiros, todos de alguna forma, los cercados por la inutilidad para con las cosas, morimos por, en, o cerca de la calle. El banco de la plaza puede ser el precio, tal vez. Lo de

escritores en la calle lo puedo llamar como el padecimiento de escribir, la enfermedad, una adicción maldita. Hoy en día los escritores necesitamos apoyarnos en nuestros fans, el mecenazgo de nuestros seguidores, según el marketing, etc etc... Es más o menos lo que sucedía antes, pero necesitando muchas más personas. Tiempo atrás bastaba solo ser amigo de un príncipe, de algún rey, para andar escribiendo todo el tiempo bajo el padrinazgo del mismo, sucedía en Europa, acá, los latinos probablemente siempre sufrieron bastante. Quiroga es un ejemplo de ello, que sin llegar a la calle, su propia vida parece sacada de su libro: "cuentos de horror, locura y muerte". Un profesor gallego de filosofía explicaba que el mayor enclave de un filósofo era que como hacía con su relación con la ciudad, si se mantenía dentro o fuera y sobre todo, si decidía quedarse dentro, como lo iba a lograr. A mí lo que me interesaría saber es dónde se desencadena esa tormenta de desgracia, poder describirla, hacerla carne y quizás ponerla en un cartel: ESCRIBIR PUEDE SER MALO. Bukowski decía que no importaba. Llego a la misma conclusión, escribir no implica comer o ganar dinero, es otra cosa, es incluso olvidar las rutinas biológicas, si se come, bien, si no se come, mal, pero hay que escribir. La calle está ahí, seamos escritores o metalúrgicos, siempre espera, hay que reconocerle su paciencia y el fantasma que creamos alrededor de ella es nuestro fantasma, un concepto social que se escapó de los marcos teóricos y tiene el filo de una guillotina. Escribir es eso. Por eso quizás me parecen tan falsos estos narradores progres, de la nueva era, con una birra artesanal en la mano, leyendo poesía en un bar del centro, en un ambiente aclimatado, bien lejos de la canción del oro, de Rubén Darío”.

“Sábado por la mañana, dos semanas ya desde que estos textos comenzaron, un poco la situación cambió, principalmente la parte del trabajo. Estoy descubriendo síntomas nuevos, me sorprende hasta dónde puede retorcerse el estómago, no puedo imaginarme como es lo que sienten aquellas personas que han pasado semanas enteras sin probar bocado. Busqué

por todos los rincones del cuartito y encontré poco menos que medio paquete de arroz, por lo visto llevaba meses tirado debajo de montañas de ropa, arroz, viejo enemigo personal, vieja salvación. Hemos comido un platito de arroz y por suerte hemos conseguido un frasco de mermelada, algo de gusto, al fin, bendición. Sé que esto es ser un maricón. La semana pasada retiré de la biblioteca, La sombra del viento, de Zafón. Hasta ahora súper recomendable, es un libro para amantes serios de la literatura, de todo el mundillo que envuelve a los libros, con aromas y páginas amarillas. ‘O’ por su parte lee La engañada, de Thomas Mann, desde el horario de la siesta todo está en paz, mi madre tranquila, ‘O’ y yo, tranquilos. Ojo, sigo sin trabajo, pero al menos hasta el lunes al mediodía logré solucionar, el tema de la comida, sería más correcto decir que arañaremos comida hasta el lunes, pero antes de estar mirándonos con el estómago vacío, es mucho mejor.

No se corre mientras se escribe, se pule el estilo por repetición, debo recordarme esto para no terminar tipeando mierda”.

“Hay sandeces inexplicables, pero el ser humano sigue fuerte. Aunque hagamos locuras, aunque estemos dentro de estos muros absurdos, sucede, como comenté antes, que sí perdemos ese temple para aceptar y resignarnos ante las cosas malas, incendiaríamos todo.

Muchas veces pienso que si pudiera convertir la mesa en una cena eterna, ese sería el paraíso, la dicha completa que se coloca muy por encima de la felicidad común del placer / goce. Una cena eterna, de sobremesa, ya satisfecha la cuestión biológica, con las personas que aún están, con las que se fueron, incluso las mascotas, y que así pasen siglos, sin darnos cuenta del tiempo escurriéndose, charlando, felices, todos, allí, palpables.

Por eso me siento un estúpido al desesperarme por la posibilidad del hambre, un débil, un maricón (sin atacar a nadie). Hay gente que a muerto, hay ahora mientras tipeo, mucha gente luchando conectada a un respirador, o sufriendo un crimen atroz, o siendo el personaje de una

posición atroz, mucho más atroz que mi situación. Quizás este escrito pueda ser una forma de terminar con mis pánicos "sonsos" y dar fin a esa búsqueda que me quema, a esa duda de si se podrá, de si podré vivir de otra manera, terminar con la duda y lanzarme completo al intento, a la acción, dejar de llorar y quejarme y bancarme lo que venga por lo que sea que sueñe, porque muchos se fueron ya sin poder lograrlo, sin poder intentarlo, por enfermedades monstruosas o por la simple rutina y el tiempo ¿por qué no?"

“Si en la rutina cuesta comer, debo entender que en otra forma cuesta aún más, por no decir que directamente no se come. Que va, estoy atado por la normalidad, por las reglas que critico y ataco con todos mis nervios, no soy un hombre valiente. Me encuentro pensando a veces, si tuviera esto, o esto otro, seguro viviría como quisiera, mirándome al espejo, lo dudo. Sí, podría tener algún terrenito propio, o un localcito en el cual colocar estanterías y acumular libros usados, ofrecerlos por un módico precio, vivir esa vida, pero no tengo nada de eso, y si lo tuviera, creo que este chaleco de fuerza llamado costumbre, vida, días, rutina, seguiría, porque a lo mejor mi propio tormento no es tener que vivir de cierta manera, siguiendo ciertas reglas, sino, es mi completa falta de huevos.

Ayer por ejemplo sucedió algo extraño, fui a cobrar mis días adeudados, me pagaron, deje la ropa y volví a mi casa. Al llegar me encontré que tenía una llamada perdida, era C, me ofreció trabajo de nuevo y acepté (no soy el único loco en este mundo). Ahí quedó toda mi rebeldía, los farsantes que llevo dentro. En este punto recuerdo a lo que hizo Bukowski, si ya se, podrá gustarle o parecerle horrible (al cuartito llega un aroma a flores hermoso), pero este tipo, tan en contra de todo, también suplico en su momento, mediante una carta, volver a su puesto en la oficina de correos. Verá que escribo sobre muchos, mejor dicho que hablo sobre algunos autores que menciono, nadie debe intentar imitarlos, solo me pregunto a veces de

donde sacaron las fuerzas para seguir aún sin comer (puede que la historia de la literatura sea una mentira completa, y nadie escribió sin comer).

Me pregunto por qué decido escribir, la respuesta es simple: es gratis. Me siento seguro al hacerlo, ya que ni siquiera la escases de dinero me lo puede quitar. Es así de simple, creo que ese es el motor principal, logro montármelo frente a mis ojos, a este rollo de escribir, como algo que es para siempre (si, me gustan las cosas que tienden a lo "para siempre"), sin importar de que trabaje, sin importar qué este comiendo, algo rico o la misma mierda de siempre, lo que sea, lo que suceda, podré seguir escribiendo en la condición que sea, ese es mi motivo principal, nunca me lo podrán sacar, ni siquiera la pobreza.

Es también una forma de terapia, de decirse cosas a uno mismo. Por ejemplo, se dice que la novela debe ser universal, en cada fibra humana puede actuar el narrador, el escritor de novelas, para explicar el mundo, lo exterior; en cambio, el poeta, mira hacia adentro, buscando una sensibilidad parecida, una herida con cortes similares, un corazón igual de roto. Hay pecados, si no me equivoco, Joan Margarit dijo que nadie menor a treinta años de edad podría escribir algo coherente, o quizás dejando ver que no se puede encontrar mucha profundidad allí, en los textos de alguien que tenga menos de tres décadas en este mundo, calculo que nunca leyó a Rimbaud, que esta a cien años luz de Margarit, claro, y esta declaración de Margarit, piense, solo deja ver su dudosa capacidad de poeta. No hay reglas señores, no las hay. Borges cometió uno parecido, al denostar a Cien años de soledad, bueno, se nota el talento de Borges al leerlo, de eso no hay duda, pero pienso que valdría más, pasar una noche con Arlt, Bukowski, Hemingway, que con la enciclopedia virginal de Borges. Pecados que demuestran que escribir no es una gran ciencia, sino, un arte asesino. Escribir es gratis y no me lo podrán quitar, por eso lo hago, quiero decir otra cosa sobre el arte en sí: es el mago más despiadado, no importa el éxito y la guita que trae el éxito, importa hacer algo lo

suficientemente bueno como para que este "mago" llamado arte no te condene al peor infierno: el olvido".

“Bueno, ha sucedido de nuevo, me han echado del trabajo, puede llegarse a la conclusión de que me gusta estar a la deriva, pero hoy no lo esperaba en realidad. Llego a la oficina puntual, nueve de la mañana (porque a veces por obligaciones cambian el turno tarde por de la mañana) y me siento en mi escritorio; la secretaria, mano derecha de C y llamada L me dice: "Hoy ponete con la web, que está medio cachi, una mierda". Recuerdo pensar que era una broma, y luego, al reconocer que de broma aquella frase no tenía nada, analicé quien era la tal L (Gerenta) que me lo estaba diciendo, concluí lo siguiente: "esta piba, que está acá, sentada tras un escritorio, orgullosa de comandar una oficina, que mira con superioridad hacía la gente que camina; no estudió nada, no tiene ningún tipo de preparación, mucho menos experiencia, está aquí ya sabe usted porqué. Por la cara de gato, por sus tetas y su culo, Argentina en todo su esplendor". Para su mala suerte y también para mi mala suerte, a este tipo de personas nunca les tuve mucha paciencia, las considero "trolas de mostrador" y nada más. Y si tan solo fuera eso, pensar eso y nada, guardarme para mí el pensamiento, mañana de seguro estaría nuevamente sentado en mi escritorio a las nueve de la mañana. Pero soy fan de no guardarme nada, y le hice saber de forma literal y sin filtro, lo que pensaba de ella. Conclusión: despedido.

Tengo cero tolerancia en el último tiempo, aunque puedo justificar un poco el accionar de esta mañana. Anoche no pude dormir por un fuerte dolor de muelas, de esos que te hacen llegar el dolor hasta el paladar y el oído mismo incluso. Mi justificación: estaba sin dormir, me dolía la muela, pasé un fin de semana tormentoso. Excusas se encuentran hasta por debajo de las piedras, no creo que alguna valga, a nivel lógico, para justificar mis acciones. Estoy demasiado intolerante, me doy cuenta”.

”Ha pasado casi un mes desde que comencé este ejercicio de escritura, y a la vez, este intento de ‘curarme’ de mis ataques de pánicos o de al menos, dejar que el fuego me consuma para ver si por azar algún cambio se producía, veamos: he renunciado dos veces al mismo empleo, y me han echado una vez de forma definitiva, sí, la rutina de sentarme a escribir ha mejorado mucho, eso no lo niego, el resto sigue igual o peor desde el punto de vista económico. Pienso que si el libro se llama pánico o ansiedad, debería intentar escribir, para ir cerrándolo, una especie de guía para quienes lo sufren, hacerlo sin ser un erudito en la materia, a modo de testimonio de quien ha vivido diez años con ansiedad. Le doy un título a esta guía:

MANIFIESTO DE VOLUNTAD:

Hay que saber que no se puede frenar nada de lo que suceda, el primer ataque te agarrará con los ojos vendados, serás succionado a un pozo oscuro del que probablemente nunca salgas. ¿Importa salir? En el mundo no creo que haya algún argumento para hacerlo, si encuentras un motivo, lo harás mirando dentro tuyo más que buscando en el exterior. Una buena decisión sería estar solo siempre, el resto de lo que te quede de vida, así no hará falta ponerte en la postura de dar explicaciones, o peor aún, sentir vergüenza por tener que darlas. Adquirirás, si, una especie de hipersensibilidad, intelectual y física, y ambas partes estarán siempre en tu contra, conspirarán contra ti, se esconderán y saldrán a cruzarte con cuchillos en cualquier momento sin importar lo que estés haciendo. Dudarás de las relaciones básicas, descreerás de la amistad, alguna vez te vas a convencer de que no debería utilizarse la palabra "amigos", y en su defecto se debería utilizar otra, que detalle con rapidez el encuentro casual con alguien cada largos períodos de tiempo. Puedes viajar, creer que al salir de tu propia ciudad ya no serás un fracaso, el espejo reflejando un intento fallido o la persecución loca de una quimera, el intento vale, pero recuerda que has ganado una sensibilidad que no esperabas, y cada cosa

que has amado, degollará la memoria, te abrirá el pecho, llorarás por las noches pensando en la atrocidad que haz hecho ¿Cómo ir a buscar un sueño? ¿Cómo olvidar lo que has amado? Lo que amas mucho, lo amarás más en la distancia, cuando toda la vida conocida puede morir en tu ausencia, viéndolo así, aterrado por no saber que pasa, volverás más pronto que tarde, abrazarás a los gatos, recordarás las lágrimas derramadas por ellos, por los espacios comunes, por la casa sucia, la madre, la hermana con problemas de salud, todo esta a salvo y juras no volver a cometer la locura de alejarte como si eso fuera un logro, los sueños, reflexionarás, son del sistema, metas y glorias entre medallas que no valen nada si no puedes estar con los tuyos, procurando que nadie muera, porque así de traidor es este pánico, que en sus primeros años, además de cargar con la obsesión de tu propia muerte inminente, del piso moviéndose, llorarás mucho por la idea de que alguien cercano deje la vida para siempre...

Sufrirás mucho hasta realmente entender con los huesos lo siguiente: el mundo y las metas, no importan absolutamente nada, así que no te tortures más, que todo es invento, vas a morir, no des explicaciones y ataca todo lo que no te guste, pelea que ya no estamos para disfrutar”.